

BIBLIOTECA DEL NIÑO MEXICANO

EL CASTIGO ESPANTOSO

Ó LA LLUVIA DE SANGRE DE SANGRE



MAUCCI HOS MEXICO

BIBLIOTECA DEL NIÑO MEXICANO
TERCERA SERIE.— DESPUÉS DE LA CONQUISTA

EL CASTIGO ESPANTOSO

ó

LA LLUVIA DE SANGRE

POR

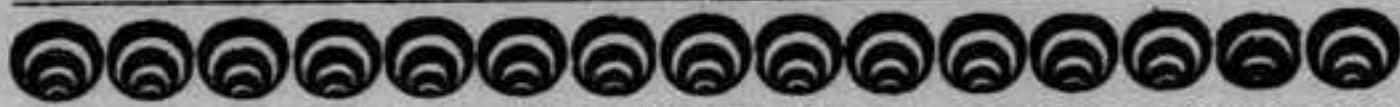
HERIBERTO FRIAS



MÉXICO
Maucci Hermanos.—Primera del Relox, 1

1900

Propiedad exclusiva de los señores Maucci Hermanos.



EL CASTIGO ESPANTOSO

¡Cuanta agitación se nota en el lago del Texcoco, cuanto bullicio, cuanta algazara!

Por sus extensas y azules lejanías circulan multitud de canoas con lujosísimos toldos, canoas construídas á manera de *góndolas* venecianas—que eran muy lindas y ricas barcas donde cruzaban por los canales los antiguos señores poderosos,—y había también verdaderos bergantines españoles, con su vela blanca tendida al viento; y unas chalupas pequeñísimas y ligeras en las que remaban los más ágiles remeros aztecas de la ciudad...

¡Hacia ya algunos años que no se veían en el gran lago de Texcoco semejante algazara y movimiento, ni tanto ruido, músicas, gritos, canciones y risas, carcajadas y estentóreas exclamaciones...!



Y más allá de las verdes y primorosas calzadas que conducían á México, á Texcoco, á Peñón, se perciben también los rumores de la fiesta. . Hacia el Sur, las *chinampas*, que todavía no han sido destruidas, se ven alzando en el azul del cielo sus altas y rectas almetuetes, y

de aquel rumbo suelen llegar gratos perfumes y exhalaciones deliciosísimas, que no son sino los suspiros de las flores mexicanas que pasan rozando las lagunas donde los españoles conmemoran sus antiguos triunfos sobre los que fueron aztecas que combatieron con tanto brío por su libertad y su patria!

* * *

Tengo que advertir á mis niños lectores que nos hallamos en aquella terrible época en que México no podía llamarse nación, ni colonia, ni mucho menos reino ó imperio.

El territorio donde hacía apenas diez años sustentaba las variadas provincias del imperio *nahuatl*, gobernado durante siglos por tantos valientes monarcas aztecas, todos guerreros, el territorio donde se alzaban Texcoco, la preciosa ciudad *alcolhua* de *Netzahualcogote*, el rey poeta y filósofo, y donde había existido Tlacopan y *Atzacapozalco*,— oh! el mismo terrible *Atzacapozalco*, donde surgió aquel monstruo abominable, terror y espanto de todas villas y ciudades, lagos, bosques y llanuras. el siniestro *Maxtlaton*, muerto tras una batalla espantosísima que abarcó todo el Valle de México... aquel territorio era ya otro... no existía na-

da de todo aquello... y en el día de que hablamos estaba sin la vida poderosa de sus calzadas y de sus canales, de sus lagunas y de sus puentes y de sus primorosísimas chihampas, cuajadas de flores...

Ahora priva la nueva civilización española...

Si... ya han empezado á llegar de España y de la isla de Cuba las primeras cargas de semillas y frutos del Antiguo Mundo; ya hay centenares de miles de animales no conocidos antes en México, como reses, cerdos, caballos, asnos, mulas, corderos, cabras y otras infinidades de artefactos y buenas industrias, comercios y labores de que se aprovechaban los españoles, vendiendo aquello tan raro en el viejo y virgen Anahuac y comprando oro, plata y piedras preciosas...

Pero aún no se había qué clase de gobierno, qué leyes ni mucho menos qué policía gobernaba... ¡Ya os lo he dicho, mis amables lectorcitos, todo no era sino de orden, y bajo la capa de una religiosidad mentida, el crimen, el robo, la iniquidad y la infamia!

Aun no llegaba á poner paz, regularidad y disciplina entre los aventureros y vecinos que ocupaban las nacientes ciudades, el primer Virrey... y mientras tanto la ley del más diestro y fuerte en la espada... ó el más ladino ó astuto en la intriga y la traición... Cortés continuaba en España, los oidores no se entendían

con los capitanes que iban y venían de México á otras regiones, yendo en pos de conquistas y de oro... ¡oro, oro ante todo!...



¡Ya os podréis imaginar cómo seguiría la colonia principiante, continuando empapada en sangre... invadida día á día por más y más aventureros que llegaban de Cuba, de las otras colonias españolas y aun de la misma España!...

¡Todos, todos los que llegaban á aquel pobre México edificado sobre las ruínas de la magnífica ciudad *Tenochtillán*, eran gentes que se *habían echado el alma atrás*, como se dice de los que atropellan todo por satisfacer sus ambiciones!

Y entre aquel bárbaro hervir de ansias y avaricias, de crímenes y de vilezas, de sangrientos chismes y de diarias luchas de *hidalgos á hidalgos* en las sucias calles de México, se notaba más que otras cosas el ímpetu hacia el oro!



Era por aquella época cuando se verificó la fiesta de las barcas en la laguna de Texcoco.

¿Qué pasaba? ¿Por qué tan alegre y entusiasta festival?

...¿Por qué?

...Oh! gran sensación... oh! pánico, amigos míos! Figuraos si no habían de tener razón los emprendedores de aquello, si se trataba nada menos de que... ¡oid!

¡Los tesoros del Anahuac habían sido encontrados!

¡Oh, aquello era estupendo!

Ya bien sabréis con que empeño el capitán caudillo de la Conquista quiso seguir las huellas del magno tesoro de *Axayacalt*, de los *teocallis*, de los palacios del *Calmeccac* y del *Tepuchcalli*,—planteles de educación militar y religiosa para la juventud entre los aztecas,—y los tesoros también del palacio enorme de las *Aguilas*... si... bien os acordáis, amiguitos, de las luchas, de los peligros y tormentos, tempestades, derrotas y correrías y viajes y excavaciones se hicieron ya en público, ya en secreto, para lograr inquirir el lugar donde pudieron haberse ocultado por el bravo y sublime *Cuanhtemoc* aquellos colosales tesoros, donde debería haber rocas de oro capaces para cons-

truir un palacio con torres y bastiones, adornados con miles de esmeraldas, rubíes y diamantes...

¡Cuánto empeño por buscar aquellos tesoros!... ¡Cuántos cadáveres, cuánta sangre y cuántas iniquidades desde el fuego del caudillo Cuauhtemoc hasta los miles y miles de mexicanos arrojados á las aguas y al lodo para que registrasen el fondo de la laguna... ¡Ah! y cuando por fin los pobres indios salían eulodados y jadeantes, moribundos... ¡Los españoles los remataban á palos!...

¡Los tesoros no aparecían!...

Y así buscando, buscando, crimen tras crimen, habían pasado diez años... hasta que por fin un monje blanco que había bajado de las montañas, donde vivía por penitencia, se presentó diciendo por señas—porque había hecho el voto sagrado de no hablar sino momentos antes de morir—que por confesión de unas ancianas aztecas errantes, sabía donde estaban los tesoros!...

¡Ya comprenderéis la algazara de todos los vecinos y autoridades de México!

El monje explicó que escogería á un valeroso capitán, de los que más veteranos fuesen, para ir con él en una barca, acompañados también por la anciana, que había sido esclava de *Cuauhtemoc* y sabía donde era el sitio de la laguna en

que yacían los colosales montones de oro, esmeraldas, rubíes y diamantes...

¡Nadie dudó!

¡Ay, amigos lectores!... ¡Son tan agradables las buenas noticias, que nunca las ponemos en duda, y eso es siempre nuestra perdición!...

El misterioso monje blanco, de pequeña estatura, envuelto en un hábito limpio color de nieve purísima. con su capucha sobre el rostro, dejando ver apenas, de cuando en cuando, dos vivísimos relámpagos, imponía respeto y simpatía... Su andar era gentil, airoso, encantador... Avanzaba con gracia y altivez... ¡Además se le tenía por un santo!...

Nada, que todos los vecinos de México, los oidores, los del Cabildo, capitanes y clérigos, algunas damas, esposas ó hijas de antiguos soldados de Cortés y toda gente de valer, se dirigieron al lago de Texcoco el día citado—siempre por señas—por el pequeño y santo monje blanco...

Ya ahora comprenderéis porqué aquel día de que hablaba al principiar esta curiosa leyenda, la laguna presentaba tanta animación y tan enorme algazara... ¿Y sabéis porqué causa las elegantes *canoas* de toldos lujosos, las *chalupas* ligeras y las barcas del estilo español bullían, surcando las aguas azules y entonces profundas de la laguna de Texcoco... A lo lejos otras multitudes ocupaban las calzadas... y de las

pintorescas *chinapas* cuajadas de flores, llegaban multitud de perfumes deliciosos que parecían ser un hálito de bendición para las esperanzas de aquellos ambiciosos colonos de la Nueva España, encaprichados en apoderarse del oro del antiguo imperio azteca?..



Por señas explicó el monje que dejaran pasar la canoa donde iba una anciana vestida de negro, oculto su ajado rostro bajo los pliegues de un manto negro también... Aquella anciana llevaba un rollo voluminoso debajo del brazo... era un tronco de arbusto ahuecadó... ¡dentro llevaba la descripción y contraseña del lugar de los tesoros!... Eso era indudable para todos!...

Luego el monje hizo que entrara á la canoa el capitán Alva Mijarez, por ser el veterano que juzgó más valiente y dispuesto á seguir hasta el lugar donde estuviesen ocultos los tesoros... Cuatro remeros acompañaban al monje, á la anciana y al capitán... Al caer la tarde partió la canoa... Nadie debía escoltarlos... esa era la condición del monje y de la anciana; así es que partió la barca sola, perdiéndose á lo lejos rum

bo al centro de la laguna, allá donde en aquella época había infinidad de pequeñas islas...



¿Qué sucedió?...

¡Ninguno de los que partieron en la canoa,



ni el capitán Alva, ni el monje blanco y pe-

queño, ni la anciana, ni los cuatro remeros, ni la canoa, regresaron!...

¡Jamás volvieron!... Jamás sér alguno supo de ellos!...

Todo lo que se hizo por averiguar su paradero, por esclarecer el misterio de su desaparición, fué en vano...

¡Oh terrible y siniestro crimen! ¡Oh misterio lóbrego de una barca que boga hacia los tesoros de un imperio... que parte, despedida por la alegría de una colonia de ambiciosos y aventureros... ¡y que no aparece nunca!... ¡Oh misterio!...

.

Un viejo azteca que era hijo de valientes *tecutlis*, sus antiguos abuelos, viejo que habitaba en las montañas del Poniente, refirió á un sacerdote la leyenda de una venganza...

Contó que una joven española abandonada por un capitán que se casó con una *mixteca*, pudo salvarse, se disfrazó de monje, tomó un hábito blanco... y después hizo comprender por señas á los españoles de México que sabía donde estaban ocultos los tesoros del *Anahuac*; que le acompañara en su canoa un caballero español para ir con una mujer — que era la madre de la mixteca — hasta el sitio del lago donde aquélla diría que se hallaban los codiciados.

tesoros... Y que así sucedió—agregaba el anciano azteca...—y que cuando estuvieron solos, en plena noche, gritó el monje en castellano, sujetando por el cuello y derribando, con ayuda de los cuatro remeros de la canoa, al capitán:

—¡Soy Inés!... Soy aquella que te entregó su corazón... y que tú lo despreciaste, en cambio... no del corazón de otra mujer mejor que yo... sino por el oro... Oye, esta no es venganza, sino castigo... Te castigo y hago un ejemplar para ver si se aterrorizan los que buscan esos tesoros, que jamás encontrarán... ¡No más crímenes! ¡Paga el tuyo; muere á manos de esa anciana, á la que le arrebataste su hija!...

La anciana dió un rugido, gritando en mixteco:

—¡El sacrificio!... Y le hundió en el pecho su cuchillo.

—Ahora tú, española, y se precipitó sobre el monje, que murió, murmurando:

—¡Misericordia! ¡A mí me traicionas! ¡Perdón!...

La vieja arrojó los cadáveres á las negras aguas del lago... En seguida murmuró:

—Es voluntad de los dioses que paséis al otro mundo á gozar del Paraíso de las víctimas... Os voy á sacrificar... ¡Venid, remeros!... ¡Venid!

Sin murmurar palabra alguna, se fueron acercando, uno tras otro cada remero, que fué sacrificado, por la anciana con el mismo cuchillo... Arrojó al agua roja y negra los tres cadáveres de los remeros, porque uno quedó vivo para sacrificar á la terrible mixteca, arrojar su



cuerpo á la laguna, hacer volcar la canoa... y luego matarse él; hundiéndose todo en el abismo!...

¡Y así fué todo!... Pero cuando el remero último, ya sin causa, cubierto de sangre, iba á matarse, vió en el cielo un relámpago que iluminó las tinieblas con una cruz inmensa; entonces se detuvo, arrojó el cuchillo y se echó á nado... ¡Aquel hombre fué abuelo del azteca que contó esta espantosa leyenda!...

FIN